

PECATA MEA

No sería posible dar a la publicidad, la pieza que va en este librito sin poner unas cuantas líneas que le sirvan de presentación.

Quiero testimoniar, antes que todo, mi agradecimiento al director de la compañía del teatro Cómico, señor Armando Discépolo, todas las gentilezas que tuvo para el colega y amigo; primero, aceptando la obra y luego llevándola a escena con gran cariño. Y estos agradecimientos quiero hacerlos extensivos también a todos los intérpretes que pusieron su mayor empeño para que la obra tuviera todo el realce y brillo que pudiera desear el autor.

Los señores que hacen crónicas de espectáculos estuvieron unánimemente de acuerdo en que la obra era muy mala. Yo siento profundamente disenter ante tan doctas opiniones, y sin modestia de ninguna especie, me permito considerarla muy buena y sentirme muy satisfecho de haberla escrito. Y como yo escribo como mejor me place no me queda más remedio que lamentar el disgusto y la pérdida de tiempo que les ha ocasionado a estos señores el haber escuchado la pieza y escrito sobre ella. Y en descargo a ese mal rato, no me queda más consuelo que el decirles que si me he equivocado, como aseguran, no ha sido de mala fe y que eso se puede achacar sola-

mente a falta de preparación y experiencia. Soy muy joven todavía, hace sólo quince años que escribo teatro, tengo treinta y cinco y bien comprendo que disto mucho de conocer el oficio, pero calculo que dentro de diez años más, con lo que pienso estudiar y aprender, sin prometer mucho, creo poder asegurarles que lograré hacer una pieza como cualquiera de las que ocupan las carteleras en la actualidad, y que son tan del paladar del público y dignas de los aplausos de los críticos.

De modo, pues, que yo les ruego a estos señores que tengan la gentileza de esperarme esa década, y si al cabo de ese tiempo no logro mejorar la "performance", sin exhalar una queja, me cruzaré de brazos y me entregaré a ellos para que sean mis verdugos y me crucifiquen con las saetas de la deliciosa literatura que se suelen gastar derrochadamente, con los torpes a quienes el diario y Dios los ha encargado de que enseñen, corrijan, aconsejen y castiguen si es necesario.

Espero que después de estas disculpas que he dado podré dormir tranquilo y quedará perdonado de la audacia de haber despertado las iras de tan gentiles señores.

EL AUTOR.

Buenos Aires, mayo 18 de 1929.

